

LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—Leyendas Biblicas: El Arca de la Ley, por doña Micaela de Silva.—Las golondrinas viajeras, por doña Angela Grassi.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Los Huevos de Pascua, por doña Carolina Sorel.—GRABADO: *El Arca de la Ley*.—Cuadro de crochet.—LAMINA: *Pliego de Bordados y Patrones*.

EDUCACION É INSTRUCCION.

LA PRIMAVERA.



N uno de nuestros anteriores artículos consideramos á la Primavera higiénicamente con relacion á la mujer, como madre de familia y dueña del hogar, y hoy nos proponemos considerar la misma estacion con relacion á sus principales atributos; las flores, inseparables amigas de la mujer.

No nos proponemos dar un curso de botánica, pues sobre ser incompetentes para ello, no escribiríamos entonces para esa preciosa mitad que no habia de ocuparse en hacer un detenido estudio de las plantas juzgándolas científicamente; en buscar, como los apasionados de la botánica, tal ó cual flor ó planta rara; como el farmacéutico y el médico las propiedades medicinales. Si quisiéramos que la botánica constituyera uno de los ramos de la enseñanza, abarcando ciertas nociones útiles, como en Alemania, por ejemplo, donde hay muchos colegios en los que se aprende á conocer las plantas venenosas presentándolas pintadas en un libro. Esto, aunque se viva en las ciudades es siempre utilísimo, y especialmente á los niños, que cuando se ven en el campo pueden cometer indiscreciones que les cueste la vida, lo cual se puede evitar de una manera tan sencilla como agradable.

Pero debemos hablar de flores, y al escribir para la mujer, no podemos prescindir de aquellas, estando en la primavera, esa estacion de vida, de amores, de encantos. ¡Oh, quién puede mostrarse insensible á sus innumerables atractivos!

2.^a ÉPOCA.

Los árboles empiezan á engalanar sus desnudas ramas con verdes y lozanas hojas; las plantas se adornan de flores; se derrite la nieve de las montañas, ora en torrentes, ora en murmurantes arroyuelos, que bañando las praderas, corren serpenteando bulliciosos, sirviendo de limpio espejo sus cristalinas aguas á las flores de sus orillas. Pintadas é inquietas mariposas vagan por todas partes, y se posan en todas las flores. Las aves forman sus nidos, cantan y trinan de contento, y vistiendo la naturaleza sus mas vistosas galas, todo parece anunciar placer y alegría, todo encanto. ¡Y quién se asocia á ello mejor que la mujer!

Flor de la sociedad, como ella delicada, como ella impresionable, no desdeña la semejanza; la acepta, la adopta, y empieza como ella á usar mas vivos colores en sus trajes, á vestir galas, y á participar del contento de la naturaleza. Sus mejillas están mas sonrosadas: no sufre los insomnios del invierno, porque ya no hay saraos de toda la noche, porque en vez de aspirar el ambiente de los salones, respira el de los campos, mas puro, mas saludable.

¡Y qué encanto no tienen para ella los paseos por los jardines, por los parques, por las arboledas! De dia recrean sus sentidos los matices, la belleza y los aromas de las flores; de noche ora brille en la oscuridad ese innumerable ejército de estrellas, ó difunda su melancólica luz la argentada luna, el corazon late con mas holgura, el alma se estasia y el espíritu se exalta. Herida la imaginacion con cuanto contempla es mas creadora, porque siente más, y es mas feliz porque mas goza.

Aquellos jardines de que nos habla la historia antigua desaparecieron. Si hubieran continuado, y progresando, no puede concebir la imaginacion lo que hoy serian cuando en tiempo de Semíramis los habia colgados. En España, sin embargo, no podian prescindir de ellos los árabes; así que al fundar un palacio formaban un jardín, no tanto por el recuerdo que te-

nian de los que dejaban, como porque su nueva patria les brindaba con un terreno que daba espontáneamente toda clase de flores, y toda especie de frutos. Al plantar el musulman la primera palmera en Córdoba, rendía un tributo de gratitud á la patria que dejaba, é importaba en la que adoptaba ese árbol tan esbelto y encantador, y lo importaba en fecundo suelo como cantaba el mismo Abderraman, que fué grande hasta en su amor á las flores.

Dominando los musulmanes en un suelo como el andaluz, no podían menos de amar las flores, cultivarlas; y al hacerlo así generalizaban ese amor que tiene encantos para la vista y para los sentidos; así se comprende que la mujer meridional que al abrir los ojos ve flores en su alrededor, que el primer ambiente que aspira va impregnado de aromas, que se cria entre flores y vive entre ellas, las ame hasta con pasión, pues vé en las flores las encantadoras compañeras de toda su vida. Con una flor adornan hechiceramente su cabellera; acogen una flor como un preciado obsequio, y dan una flor hasta simbolizando todo su afecto.

Ese mismo cariño que la mujer tiene á las flores, la hace cuidar con amoroso anhelo, aun desde la niñez, la maceta que contiene una flor querida. Védlas con qué paciente cuidado va siguiendo los progresos de un rosal, por ejemplo, desde el instante en que empiezan á brotar las primeras hojas; qué alegría le causa al descubrir los primeros capullos, y qué pena si se les ve alguna manchita ó una señal insignificante de que pelagra la existencia de aquellas rosas, seres queridos de su amante guardadora. Y si destinan la primera flor á la amistad y al cariño, parece como que hasta la existencia se reconcentra en aquella flor, que es una esperanza y un emblema, que es la felicidad y es la vida. Que mucho, pues, que la mujer ame tanto á las flores. Por eso su estación es la Primavera, y deben saludarla y bendecirla.

A. PIRALA.



LEYENDAS BÍBLICAS.

EL ARCA DE LA LEY.

Si los hombres entráran á menudo en el santuario de su conciencia y atendieran constantemente á los avisos que les dirige aquella voz secreta, en su propio corazón hallarían grabada la ley de Dios; pero como no todos saben, ó mejor dicho, no quieren hacerlo así, para que ninguno pudiese alegar ignorancia, grabáronse aquellos preceptos en las Tablas que Moisés recibió en la cumbre del monte Sinaí: los hijos de Israel ofreciéronse voluntariamente á su observancia. Mas ¡ay! el corazón humano es movable como la ola del mar, sus propósitos mudables como el viento!.. Todavía los ecos del Horeb repetían sus juramentos, y ya la multitud era perjura.

No extrañamos las inconsecuencias del vulgo ignorante, lo que confunde nuestra razón, lo que humilla nuestra soberbia, es ver que los errores mas trascendentales han sido por lo regular el aborto de los hombres mas privilegiados. ¿Quién no tiembla y desconfía de sí mismo al ver las locuras de los sábios, las debilidades de los fuertes y los pecados de los justos? Solo en el temor de Dios se halla el principio de la sabiduría; yerra el que de sí mismo se aconseja. No pidamos á Dios las luces del mundo, pidámosle acierto para obrar bien. Él mismo nos lo ha encargado así.

Aaron es buen ejemplo de la fragilidad humana: el hombre destinado á ejercer el sumo sacerdocio, el varón prudente y favorecido de Dios, incurrió en gravísimo pecado. Mientras su hermano menor recibía las inspiraciones del Altísimo, quedóse haciendo las veces de Moisés: alborotóse la muchedumbre, y dijo: —Ese hombre que nos sacó del Egipto, subió al monte, y no ha vuelto á parecer, ignoramos que se ha hecho; levántate, Aaron, y háznos dioses que vayan con nosotros.

Con inconcebible ligereza, ora fuese por temor de incurrir en el desagrado del pueblo sedicioso y exigente, ora por deseo de granjearse la popularidad, ora por otro motivo que no comprendemos, ello es que Aaron dijo: —«Tradme los zarcillos de vuestras hijas y mujeres.»

Lleváronselos, y entonces el hermano de Moisés vació el oro en un molde para formar la imagen de un becerro, que presentó á la insensata muchedumbre, diciéndola: —«Estos son vuestros dioses que os sacaron de la tierra egipcia.»

Estas inconsideradas frases produjeron un efecto espantoso; aquella multitud ingrata y rebelde á las prescripciones de su Dios, rindió estúpidamente cul-

to al becerro de oro, y en honra suya se celebraron danzas y festines.

Estravagante y absurda por demas nos parece la idolatría de aquellos hombres, propia únicamente de las naciones ajenas á la civilizacion de los siglos posteriores; pero si arrojamos una mirada en torno nuestro, si oimos las doctrinas que propalan los filósofos, que al decir de las gentes son lumbreras de nuestro siglo, fuerza es confesar que abundan entre nosotros necios adoradores del becerro de oro; éste pudo muy bien ser imagen del grosero materialismo, de la torpe codicia, y demas vicios que rebajan la dignidad del hombre, nacido para mas altos destinos, y dotado de un alma inmortal.

Amenazó el Señor esterminar al pueblo á causa de la dureza de su cerviz; mas tanto pudo el ruego de Moisés, que logró de tener la espada de la justicia, y alcanzó de nuevo misericordia, dando así lugar al arrepentimiento y á la enmienda.

Bajó Moisés del monte á la llanura, reunióse á Josué, que con él habia subido á la montaña. En sus manos traia el Legislador las Tablas del testimonio, escritas por uno y otro lado.

Al oír Josué la griteria de los amotinados, exclamó: —«Alarido de combate resuena en el campamento.»

—No es clamor de guerreros que probocan al combate, respondióle Moisés, no es vocería de los que compelen á la fuga, sino voces que cantan y aturden el espacio, dijo, y apresurando el paso acercóse á los reales, y pudo ver al ídolo entronizado. Grande, terrible fué la indignacion del caudillo hebreo; con mano airada quebró al pié del monte las Tablas del testimonio, como para decir á los idólatras: Roto habeis el pacto que Dios hizo con los hombres; vuestra horrible apostasia destruye las promesas que hizo el Señor á Israel.

Y lanzándose al encuentro de los culpables, derribó con mano fuerte al ídolo que habian ensalzado; arrojóle al fuego, y reducido á polvo esparcióle despues en el agua, que dió á beber á los israelitas.

—¿Qué te hizo este pueblo para que así le acarrearas tan grandísimo pecado? preguntábale á su aturdido hermano, el cual no sabiendo de qué mane-

ra disculparse, balbuceó: —No se enoje mi Señor; harto sabes tú cuan inclinado al mal es este pueblo.

Cuando la conciencia nos arguye, quisiéramos acallar su voz, culpando al mundo de nuestras faltas; mas no podemos evitar los reproches de aquella voz secreta; la de Aaron debió alzar tales gritos, que ahogaron sus disculpas en un mar de lágrimas; por esto su nombre no fué borrado del libro de los vivos, antes logró, como Pedro despues, ser ascendido al honor del sumo sacerdocio, y la tribu de Leví, á la cual pertenecía, fué la que obtuvo la gloria de dar ministros para el culto del verdadero Dios.

Terribles castigos sufrieron los apóstatas que no se arrepintieron: el luto y la consternacion sucedieron al escándalo; los israelitas, en señal de penitencia, despojáronse de sus atavios, y dejáronlos al pié del monte Horeb.

Restablecióse la disciplina, renováronse las Tablas del testimonio, adunáronse voluntarias ofrendas, y procedióse á la ereccion del tabernáculo, especie de templo portátil, cual debia serlo, hallándose destinado al culto que ofrecian al Señor las errantes legiones de Israel.

El génio del hombre ha sabido en todos

los siglos producir maravillas del arte. Beleseel, hijo de Uri, de la tribu de Judá, y Ooliab, hijo de Achise-mech, de la tribu de Dan, fueron los artífices que mas se distinguieron en la construccion del Tabernáculo y demas objetos destinados al culto. Los israelitas, como los católicos, daban al suyo todo el esplendor y majestad que se debe á tan sagradas ceremonias, y aunque imperfecta y débil, trazaremos una pintura de aquel templo, que podía llamarse la tienda de Dios, puesto que mas bien era tienda campal que no edificio.

Formábanla diez cortinas de lino fino, y teñido con los colores del jacinto, de la púrpura y la grana, unidas con presillas de oro; once paños, de pelo de cabra, servian de techumbre al Tabernáculo, y uníanse perfectamente por medio de presillas de bronce; ademas tenia un sobretecho formado con pieles curtidas. Las Tablas eran todas de madera de setim, las cuales estaban unidas de abajo arriba y venian á formar un solo cuerpo: dichas Tablas hallábanse cubiertas con planchas de oro, y sus bases de plata.



El Arca de la Ley.

El velo hallábase recamado con labores y matices que remedaban el vario plumaje de las aves.

Las columnas y capiteles eran de setim cubierto de oro.

El Arca de la Ley, donde se guardaron las Tablas del testimonio, se hizo de la misma madera, y forrada interior y exteriormente con el mismo precioso metal: dos querubines de oro trabajado á martillo, colocáronse á los dos lados del propiciatorio; estendidas las alas como para cubrirle, parecían mirarse, y mirarle sonriendo á la esperanza de los venideros siglos.

El propiciatorio era una lámina cuadrada de oro finísimo, y sin mezcla ninguna, que se colocaba encima del Arca del Testamento, de modo que la cubría toda; en sus bordes se afianzaba una corona de oro entretallada, y sobre la misma otra corona de oro también.

Toda la noche ardían enfrente del altar lámparas encendidas, en las cuales se ponía el aceite virgen y perfumado; era el candelabro de oro purísimo, trabajado á martillo, de cuyo ástil salían los brazos, las copas y los lirios, seis en los dos lados (tres en el uno, y tres en el otro), y en cada cual su copa en forma de nuez, su globo, y su lirio. Era igual en todo el labrado de los seis brazos que arrancaban del tronco principal, y en el mismo ástil había cuatro copas á modo de nuez, y á cada una acompañaban sus respectivos globitos y lirios. Un talento de oro pesaba el candelero con todos sus vasos.

El altar de los perfumes era de setim chapeado con oro, y coronado de lo mismo. El otro donde se ofrecían los holocaustos, se hallaba cubierto de bronce. Todos los vasos y ornamentos, el incensario y demás, se fabricaron de metales finos y primorosamente bruñidos y elaborados.

En las vestiduras y adornos pontificales, lucían la púrpura, la grana, el tisú de plata y oro, y los colores del jacinto y la escarlata. En el Ephod y racional (una de las vestiduras del sumosacerdote), veíanse cuatro órdenes de piedras preciosas, cada uno de tres á tres, y en cada una grabado el nombre de uno de los hijos de Jacob. Esto se hizo para recuerdo de los doce Patriarcas de Israel.

Los hebreos antes de entrar en el templo descalzábanse, dejaban á la entrada el báculo, limpiábanse los piés, y jamás volvían la espalda al santuario. Nótese esto para confusión nuestra, y señal de respeto que se debe á la casa de Dios.

Concluiremos citando en abono del único lujo que se puede llamar *santo*, las palabras de un filósofo inglés: «Al notar el efecto que produce la pompa del culto en los fieles católicos (decía), en el secreto de mi corazón envidiaba su estado, y rebelábase contra el orgullo de una filosofía cuya frialdad estingue las mas dulces emociones del alma.»

¡Oh! sí; rechazemos con horror todo cuanto pueda extinguir en nosotros la luz de la fé: la fé, que con verdad se ha dicho, es la poesía del corazón, la íntima salud del alma.

MICAELA DE SILVA.

LAS GOLONDRINAS VIAJERAS.

El caso que voy á referiros es un caso milagroso, que he hallado entre las viejas crónicas de Alemania, oidme: Nizam es un pequeño villorrio situado á orillas del lago Tabarié, en la Galilea, provincia de Palestina; menos aun que villorrio, es una reunion de unas cuantas casuchas agrupadas en torno de una iglesia, consagrada á la Virgen: iglesia reducida, pero cuyo alto campanario se pierde entre las nubes.

El lago está circuido de pintorescos montes, y sus riberas cubiertas con las ruinas de varias ciudades antiguas, por entre cuyos escombros asoma una vegetación lozana y vigorosa, lo que no impide que el país sea pobre y casi desierto de habitantes.

Pero en la época á que yo me refiero, la aldea había tomado una importancia repentina. Todos los domingos numerosas caravanas de fieles descendían de las cordilleras del Líbano, viniendo desde los puntos mas distantes, con el único objeto de prosternarse en la iglesia, y adornar de flores el altar de la Virgen sacrosanta.

¿Por qué se había acrecentado de improviso la general devoción? ¿qué objeto les atraía irresistiblemente á aquel lugar piadoso, desafiando los rayos del sol, las penalidades del camino?

Era que desde hacia algun tiempo el órgano vibraba con unas notas tan suaves y melodiosas bajo la augusta bóveda, que los fieles se creían trasportados desde la tierra al cielo.

No parecían manos de hombre, sino manos de ángeles las que recorrían el teclado del sonoro instrumento, arrancándole, ya tristes lamentos, ya ecos de inefables alegrías.

Era también que una voz mas suave que la de la brisa y de las aguas, mas grata que la del ruisenior, cuando llena de trinos la floresta, hacía resonar los ámbitos del templo con modulaciones tiernas y delicadas, nunca oídas en la tierra.

¿Pero quién era el maravilloso cantor? Era ser humano? era ser divino? Nadie lo sabía de positivo.

Samuel, el antiguo organista de la iglesia había partido hacía dos años para Europa, con objeto de utilizar allí sus profundos conocimientos músicos, pero había vuelto de improviso, trayendo consigo á

un niño ciego. Decía que le había encontrado abandonado en medio de un camino, y que quería instruirle en el sublime arte, con la esperanza de explotar algún día sus talentos.

Esto decía, pero fuese porque temiera que el contacto del mundo exterior apagase el entusiasmo de aquella joven alma, fuese porque quisiera guardarle para él solo, como guarda un avaro su tesoro, ó acaso para aumentar el interés con el misterio, lo cierto es que nadie podía jactarse de haber visto al ciegucecito.

Sabíase, casi tradicionalmente, que tendría de siete á ocho años, que era rubio, pálido y bello como un ángel; sabíase, ó mas bien sospechábase, que él era el que llenaba la iglesia de armonías; pero no se sabía nada mas.

Samuel en tocándole este punto se volvía uraño y silencioso.

¡Ah, si los curiosos hubiesen podido penetrar en una reducida estancia practicada en el mismo campanario, cuánto se hubiera aumentado su interés y su entusiasmo!

En aquella estancia había un viejo clavicordio, y una mesa cubierta de papeles. Cuando el niño ciego no recorría con sus ágiles dedos las sonoras teclas, estaba sentado junto á la mesa, aprendiendo á escribir con unos caracteres que él mismo había inventado.

Era efectivamente rubio, pálido, melancólico y bello como un ángel.

Una ventanita colocada junto al alero del terraplen, en donde estaban las campanas, dejaba penetrar un rayo de sol hasta el mismo pavimento. En aquel rayo de sol se colocaba á veces el cautivo, fatigado de sus estudios, contando una tras otra las largas y penosas horas.

Samuel iba á verle dos veces por día, para llevarle su alimento y darle sus lecciones, pero el infeliz solo salía de su encierro los domingos, y era para bajar una larga escalera, recorrer un angosto corredor, sentarse junto al órgano de la iglesia, que estaba rodeado por un biombo, y volver á su cuarto con las mismas precauciones.

¡Ay, pobre niño ciego, privado de la luz del día, privado de los besos de su madre, privado de todos los goces de la tierra!

Pero el alma cuando no encuentra alimento en la tierra se remonta al cielo! El ciegucecito invocaba á la Virgen que es protectora y madre de los huérfanos, buscaba entre las sombras el espléndido sagrario del Eterno, y saboreaba los goces de los serafines, sus hermanos.

Por esto las notas que se escapaban de su garganta eran notas del paraíso.

Un día, el pobre niño estaba sentado junto al clavicordio, y exhalaba toda su alma en un melodioso

canto, cuando sintió junto á su mismo rostro el aliento de una avecilla.

¡Ah, para el que gime en la cárcel solitaria hasta la presencia de un insecto es un don del cielo! El niño quedó inmóvil, deteniendo hasta el aliento para no ahuyentar el ave amiga.

Pero ésta lejos de pensar en huir, se posó en su hombro, voló sobre su cabeza, y se puso á acariciarle con el pico.

—Filis! murmuró el ciego con tono doloroso, oh, si fueras tú mi Filis, si fueras tú mi amante golondrina!

Aquella era una golondrina en efecto, de pico corto, de cuerpo negro azulado y lustroso por encima, y blanco por debajo.

La avecilla batió las alas en muestra de alegría, como si respondiese á su pregunta. Luego desde la cabeza descendió suavemente hasta el pecho del niño, y forcejeando con el pico, separó la ropa, y se escondió en su seno.

—Eres, pues, tú!... exclamó el ciego con transporte. ¡Oh, madre mia, oh madre mia!...

Y sus mejillas se inundaron de lágrimas, dulces y amargas á la vez.

Representóse como en un espejo á su memoria el riente pasado, el tétrico presente, el incierto porvenir....

Recordó aquella perfumada tarde de otoño en que había ido con su madre á pasear por las orillas del Rhin, que juntamente con el Necker baña su ciudad natal, la hermosa ciudad de Mannheim, en Alemania. Recordó los repentinos mujidos del viento, los repentinos estampidos del trueno, nuncios de la tempestad que venía á sorprenderlos en medio de su alegría, como nos sorprenden siempre las desventuras en medio de la dicha. Recordó como se cimbreaba el viejo torreón, bajo cuyo techo habían buscado asilo, el nido de golondrinas que había caído á sus piés; nido de golondrinas que él recogió lleno de compasión y puso sobre su pecho, para colocarlo despues en el hueco de la pared de su ventana. ¡Allí había crecido la pequeña familia, merced á sus cuidados; allí había nacido la graciosa Filis que tanto le quería!

¡Ah, entonces el pobre niño era muy dichoso, entonces una cruel enfermedad no le había robado la luz de sus pupilas!

¡Pero hé aquí como aquella golondrina pagaba la deuda de sus padres! hé aquí como su predilecta Filis, impulsada tal vez por una atracción misteriosa, había dejado su Africa querida por la Siria, y había venido á buscarle en su cárcel solitaria para ofrecerle consuelos y esperanzas!

¡Misterios del acaso dirían tal vez algunos!

—¡Misterios de la Providencia! exclamó con fé el noble ciegucecito. Dime Filis, mi amada, mi gra-

ciosa Filis, añadió con voz temblorosa, ¿has visto á mi madre antes de partir? ¿Había vuelto ya del lejano santuario adonde había ido en peregrinación, para que el bendito Volfang, mi santo protector, devolviese á mis ojos la facultad de ver el cielo? Y si la has visto, ¿te ha encargado por ventura que buscáras al hijo de sus entrañas? Lloró?... Se acuerda de mí?... Se acuerda de su Volfang querido? ¡Ah, tú la volverás á ver!... tú como en otro tiempo reposarás sobre su seno y yo no!... jamás... jamás!

Quedó otra vez sumido en una meditación profunda. Otra vez se ofreció á su memoria la ciudad, con sus anchas calles, sus bellas iglesias, sus suntuosos edificios. Vió las bandadas de niños, compañeros suyos, que jugaban en los frondosos jardines de los arrabales; vió el inmenso salón de su vivienda, adornado de antiguos y severos muebles: su madre, viuda apenas esposa, bordando en una tapicería, y su tío, jóven militar que vivía con ellos, leyendo en un abultado manuscrito; vió por último sus juguetes esparcidos por el suelo, y junto á ellos á Zelím, su perro favorito.

No pudo sobreponerse á la emoción que le causaron tan dulces recuerdos, y prorumpió en sollozos.

Entonces la avecilla como si hubiese querido conjurar aquel profundo dolor, salió rápidamente de su escondite, saltó sobre las manos del niño, cruzadas sobre sus rodillas, le acarició con el pico, batió cien veces las alas en ademán de contento, y luego remontando el vuelo salió por la ventana.

—Ay! exclamó Volfang con un grito desgarrador, ¡ay, que se ha ido y quizás no volverá!

Pero entre los pajarillos la ingratitud no es conocida.

La golondrina volvió; volvió seguida de sus alegres compañeras, y con una increíble actividad, empezaron á hacer su nido en el techo de la estancia.

Volfang ya no estuvo solo: ya no tuvo horas de tristeza y desaliento. Para sus amantes golondrinas guardaba el pan mas blanco de su mesa, sus cantos mas inspirados. ¿Y ellas? Con qué alegres píos le despertaban por la mañana, revoloteando alrededor de su cabeza; ¡con qué alegres píos le saludaban por la noche, cuando volvían del campo para buscar reposo en su callado nido! Con qué confianza venían á deponer sus hijuelos enfermos en sus manos, ¡con qué graciosa algarabía celebraban luego su gratitud hacia su noble amigo!

Pero llegó el momento de partir. Volfang lo conoció por sus idas y venidas, por sus agudos gritos.

Aquel día estuvo muy triste. Por la noche todas fueron á posarse sobre su hombro, como si quisieran darle el adiós postrero.

Volfang las besó á todas, una por una, pero cuando llegó su vez á Filis, prorumpió en sollozos.

—Volverás, Filis mía, volverás? exclamó con tier-

no y apasionado acento. ¡Ah, si ves á mi madre, díla que sufro mucho, díla que lloro mucho lejos de ella!... ¡Oh, Filis, tú saludarás otra vez el alero del tejado, bajo el cual reposaba yo, bajo el cual reposa ella!...

Volfang se detuvo: acababa de ofrecerse á su mente una idea luminosa. Se dirigió á la mesa, escribió en un papelito: *Volfang, Nizam, Campanario, Palestina*; dobló el papel en muchos pliegues, y lo ató con una cinta debajo del ala del pájaro querido.

Luego se arrodilló en el suelo y oró; oró con fervor al Dios protector de la inocencia!...

Al día siguiente cuando se despertó se encontró solo: las peregrinas habían emprendido ya su ruta al través de los espacios...

Quedó solo!...

¡Oh, cuán largos, cuán tristes, cuán uniformes fueron para él los días que sucedieron á aquel aciago día!... Cómo contaba las horas, los minutos que iban transcurriendo desde la partida de sus aves compañeras! cómo consultaba el ruido que producían las hojas, el murmullo que producían las aguas, para saber si estaba ya cerca la estación ansiada, la estación de su regreso!...

¡Inútil ansiedad, porque el tiempo no aceleraba su curso, ni lo aceleraban los arroyos!...

¡Pero un día se abrió la puerta de su estancia, y resonó en sus oídos una voz que no era la de Samuel!...

¡Era la voz de su madre!... Era su madre la que le estrechaba contra su pecho y le llenaba de besos y caricias! Era su madre la que había venido en peregrinación desde lejanas tierras para rescatar al hijo de su alma!

¡Oh, qué dicha! oh, qué dicha tan inmensa para el pobre ciegucecito!

Nizam, con su jóven cantor, perdió toda su importancia, pero la cobró la iglesia de Agustinos de Mannheim, en donde por espacio de muchos años hizo oír su voz argentina y melodiosa.

En aquel convento había tomado el hábito de monje su tío el militar, autor de sus desdichas, porque él fué quien amando con frenética pasión á su cuñada, y creyendo que el niño era un obstáculo á su dicha, lo entregó á su profesor de música Samuel, mediante una fuerte suma, para que lo llevase á remotos climas; él fué quien mandó construir en el panteón de la familia una tumba vacía para el niño, á quien supuso muerto, durante la ausencia de su madre; pero él fué también quien al ver el papelito que ésta desprendía del ala de Filis, atónito, confuso, ante aquel milagro de la Providencia, se hincó de rodillas y confesó su delito.

Volfang le perdonó: hizo mas: fué todos los domingos á la iglesia de su convento para implorar en

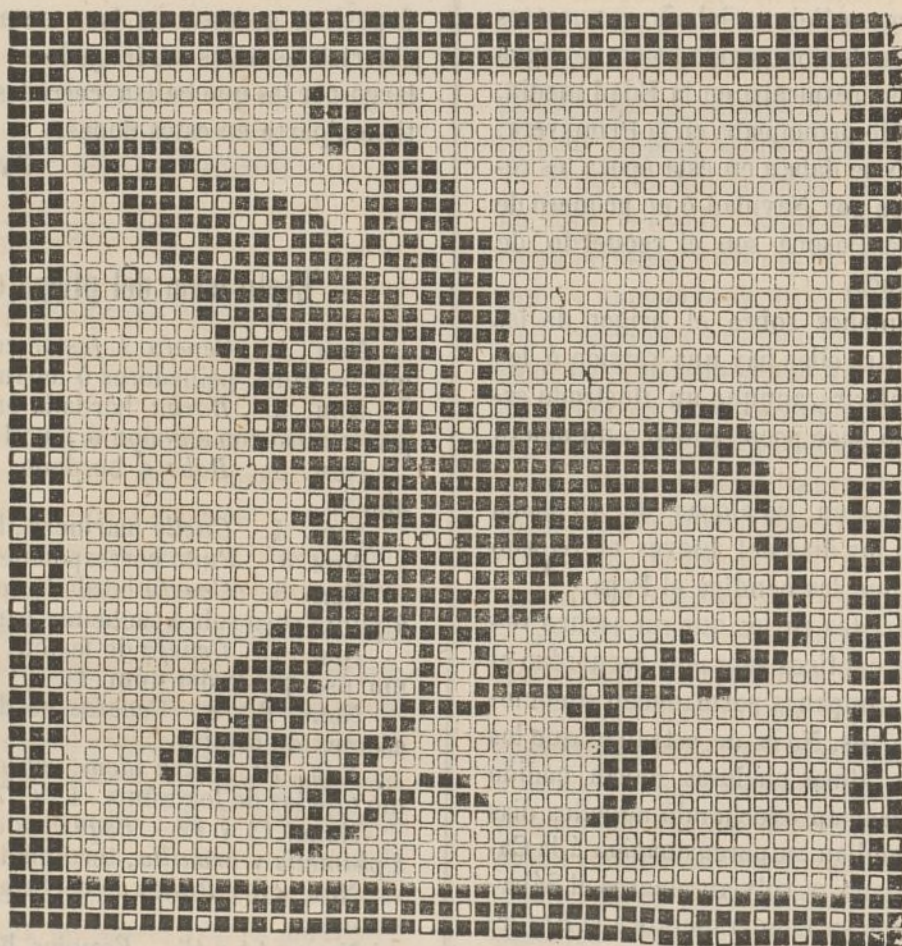
su favor al Dios de las misericordias infinitas, y atraerle las bendiciones celestes con sus piadosos cantos.

El ciegucecito, no fué tan solo un eminente cantor, sino tambien un eminente geógrafo.

La historia guarda entre sus nombres célebres el de *Volfang Weissembourg, de Manhein*, que ademas de haber inventado unos caracteres para leer y escribir sin haberlos visto nunca, compuso mapas y globos, que le servian para sus estudios de geografia,

LABORES.

El cuadro de *crochet* que muestra nuestro grabado, es una de esas labores útiles y siempre deseadas por las señoras laboriosas, aunque harto conocida. La novedad que representa consiste en tener el dibujo calado y tupido el fondo, al contrario de todas estas labores que le tienen calado con el dibujo



Cuadro de crochet.

y una tabla de aritmética que difiere en poco de la de Sannderson.

Su santo protector á quien habia ido á implorar su madre, si bien no le devolvió la vista, acrecentó tanto la luz, mas importante, de su alma, que fué además de sábio, amado y bendecido.

A su muerte legó sus bienes á un lejano pariente, con la precisa condicion, de que su casa, siempre ofrecería un asilo á la posteridad de su salvadora Filis; siempre ofrecería cómodo albergue á las tier- nas y amantes golondrinas.

ANGELA GRASSI.

mate. La ejecucion de este crochet cuadrado la conocen todas mis lectoras, y debemos pasar desde luego á la aplicacion de este encantador objeto que puede hacerse con algodón mas ó menos fino, segun se desée.

En cuanto á sus aplicaciones, uniendo varios de esos cuadros darán por resultado cortinajes, edredones para con forro de color, antimacasares, colchas, servilletas para cubrir frutas y dulces en la mesa, cubiertas de almohadones, de banquetas, de veladores, etc.

¿Pueden darse mas destinos á una sencilla labor

de mano femenina? Hay mas bello conjunto de sencillez, belleza y utilidad? De seguro que no le encontrarán las que cumpliendo con su dulce mision sobre la tierra, tratan de unir en todas sus obras lo útil con lo agradable.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

En todo tiempo se ha mirado la festividad de Pascua como una de las mas célebres del año, y nuestros padres la acompañaban de una pompa solemne digna de la ardiente fé que se respiraba en la Edad media.

Antiguamente el año principiaba en la Primavera; es decir, en Pascua, y se daban en esta época los regalos que hoy se hacen por Navidad ó en primero de Enero. Los huevos de Pascua son el recuerdo de aquellos buenos tiempos.

Varias son las opiniones sobre el origen de los huevos de Pascua. Entre ellas hay una version ó leyenda que vamos á referir, aunque un ilustrado escritor la haya aplicado hace poco tiempo á un objeto mas elevado.

Es tradicion antigua en las aldeas de Alemania que las campanas en los dias del Jueves al Sábado Santo van á Roma á que las bendiga el Papa.

En aquellos dias tristes en los que un oscuro velo cubre el ara, y los cánticos sagrados recuerdan el luto de la Iglesia, las campanas permanecen silenciosas en las elevadas torres. No es de estrañar que los niños y aun algunas almas piadosas hayan podido creer que las campanas, aprovechando aquellos dias de vacaciones, emprendian su peregrinacion á la Capital del mundo cristiano, y volvian alegres el Sábado Santo á publicar con su lengua metálica la Resurreccion del Hijo de Dios.

Cualquiera que regresa de un largo viaje no puede menos de traer algun regalo á las personas de su cariño, y especialmente á los niños.

Estos madrugaban para verlas venir.

Venia la primera la campana que anunciaba la festividad, tocando á vuelo y repartiendo regalos. La que tocaba á muerto cerraba la marcha y pasaba como suele decirse con las manos vacias.

El dia de Pascua era, pues, un dia señalado, en el que las gentes se ofrecian regalos. El rico hacia á sus hijos magníficos presentes: el pobre daba á los suyos un huevo, teñido de color para que se distinguiese de los demas, y esta modesta ofrenda se suponía venir de Roma. Así ha continuado entre el pueblo sencillo la piadosa tradicion de los huevos de Pascua.

El simbolismo no puede ser mas poético: los huevos son el principio de la reproduccion de infinitos

séres; significan pues, riqueza, fecundidad, y abundancia, y el ofrecerlos demuestra un buen deseo de prosperidades; al mismo tiempo que su delgada cáscara recuerda la fragilidad de los goces de la tierra.

Levantáos, niñas, con la aurora en estos hermosos dias de primavera; cuando las campanas entonan al primer albor con su voz argentina la oracion de la mañana, sus sonidos se elevan al cielo mas alegres, y se diria que los querubines con sus túnicas blancas y sus alas rosadas abren las puertas de la mansion de los bienaventurados, y se estienden por el espacio llevando en las manos guirnaldas de flores, de las que penden huevos de púrpura y oro, que depositan gozosos en las ventanas, que tienen ya abiertas las niñas madrugadoras; y como pasan de largo por las que hallan cerradas, las perezosas no tienen parte en estos dones.

CAROLINA SOREL.

Esplicacion del pliego de Dibujos.

NUM. 1. *Cenefa á feston* con esquina para juegos de cama, peñadores ó delantal de niña.

NUM. 2. *Barba* bordada en linó ó nanzouk, á punto ruso con algodón ó laucil.

NUM. 3. *Babero* bordado con *trencilla* sobre piqué.

NUM. 4. *Cuello* marinero, bordado al minuto.

NUM. 5. *Puño* correspondiente.

NUM. 6. *Cenefa* bordada con *trencilla* y torzal á punto ruso sobre cachemir para faldas de campo.

NUM. 7. *Cenefa* de feston, y *ojetes* para el mismo uso que la del núm. 1.

NUMS. 8 y 9. *Cenefas* bordadas á feston, para escotes de camisa.

NUM. 10. *Otra idem*, con esquina para lo mismo que las de los núms. 1 y 7.

NUMS. 11 y 12. *Esquinas* de pañuelos bordados á *plumetis* y *arenilla*, terminados por jareton.

NUM. 13. *Punta* de corbata bordada á feston y minuto.

NUMS. 14 y 15. *Escudos* bordados al pasado.

NUMS. 16, 17 y 18. *Cenefas* bordadas con torzal á punto ruso sobre cachemir, para faldas interiores.

NUM. 19. *Cenefa* estrecha bordada á *plumetis*, para gorras de mañana.

NUM. 20. *Esguina* de pañuelo bordado á feston y minuto.

El patron que va á la espalda es para un paletot semi-ajustado como el que muestra la figura que va en el mismo.

Las letras muestran el empalme de las piezas, y la espalda y delanteros van doblados, segun marca la línea de puntos, por no coger de todo su largo en el papel.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.